

CAPÍTULO XVII.

COMO puede comprenderse muy bien, la huida del duque de Chartres perjudicó directamente á Felipe Igualdad. El duque y Sillery tuvieron la idea de presentarse inmediatamente al Comité, y solicitar un exámen escrupuloso de su conducta, pero ni por esto se desarmó la susceptibilidad de la Convencion. El Comité espidió órdenes de arresto contra madama de Genlis, el general Valence, los duques de Chartres y de Montpensier, y en fin, contra Montjoie y Servan.

¡Cosa rara! todas estas órdenes de arresto no emanaron de la Convencion, sino de un Comité sin autoridad reconocida, y fueron firmadas por Duhem.

La Gironda triunfaba.

Barbaroux subió á la tribuna.

“Hace cinco meses, dijo, denunciarnos á la faccion de Orleans, y hace cinco meses tambien que nos dais el tratamiento de malos ciudadanos; ahora reconocereis que teniamos razon: en efecto, ¿qué pide Dumouriez? el restablecimiento de la antigua constitucion del año de 1791. ¿Y á quién llama al trono la antigua constitucion? A Orleans.”

El 7 se propuso la prision de la familia de Orleans.

Chateau Randon subió á la tribuna.

“Apoyo, dijo, la proposicion de arresto contra la mujer y

los hijos de Valence, y contra la ciudadana Montesson; pero reclamo tambien esta medida en contra de la mujer de Igualdad; entre las cartas que se le tomaron al correo mandado por Valence, existen dos de Igualdad, hijo, una para su madre, la otra para su padre; en está última dice:

“La Convencion es la que ha precipitado á la Francia en el abismo en que se encuentra. Si Igualdad, hijo, escribe en este sentido, comprendereis muy bien cuán importante es asegurarse de la madre; pido, pues, que se la reduzca á prision.”

Levasseur sucedió á Chateauneux, sube á la tribuna y esclama:

“La Convencion recordará lo que se ha dicho en el proceso verbal de los tres comisarios del Consejo ejecutivo; que Dumouriez no solamente ha anunciado sus principios, sino tambien sus proyectos contrarrevolucionarios en presencia de Valence y de Igualdad, hijo; no quiero otras pruebas de su complicidad. Aun dado el caso de que el hijo de Igualdad no participara de las opiniones de Dumouriez, seria culpable por el solo hecho de no haberlo asesinado cuando tenia delante de él semejantes conversaciones; pido por lo mismo, que Igualdad, padre, y Sillery, sean igualmente reducidos á prision.”

El duque de Orleans intentó defenderse.

“Ciudadanos: el Comité de defensa general ha dado cuenta á la Convencion de la súplica que he hecho para que se examine mi conducta; si soy culpable debo ser castigado, si lo es mi hijo entonces cumpliré mi deber, porque estoy al frente del busto de Bruto.”

Llegó su turno á Boyer-Fonfrède.

Los girondinos, eternos perseguidores de los Orleanistas, se creian ahora por sus relaciones con Dumouriez casi juzgados como cómplices; Boyer-Fonfrède, se precipitó de su lugar á la tribuna:

“Conciudadanos, dijo: ¡los Igualdad han servido á la libertad! pues bien, yo no quiero ~~deber~~ nada á estos hombres



por cuyas venas corre sangre de reyes. Por lo tanto debo manifestar aquí todas mis sospechas: delante de Igualdad, hijo, fué delante de quien Dumouriez hizo sus atroces confidencias y no ha sido aun arrestado: pido, pues, que lo sea y que se le traiga á la barra lo mismo que á Valence.”

Buzot, á su vez, pidió que se leyese á la asamblea la famosa carta del duque de Chartres á su padre, en que le decia que la Convencion habia perdido á la Francia.

Apoyada la mocion de Buzot se leyó la carta.

Esta carta tenia cuatro dias de anterioridad, á la huida del duque de Chartres, y correspondia al mismo dia en que Dumouriez abandonó á los austriacos las ciudades de Bréda y Gertruidenberg.

Tournai 30 de Marzo.

“Os he escrito de Louvain, querido papá, el dia 21, en el primer instante de que he podido disponer despues de la desgraciada batalla de Neerwinden: os he escrito tambien de Bruselas y de Enghien: por lo mismo ya veis que no ha habido ninguna falta de mi parte; mas no se puede tener idea de los atrasos que se experimentan en las administraciones de correos: por diez dias me he visto privado de cartas y de periódicos. Hay en todas estas oficinas, como en todo, un desórden espantoso.

“Mis rosadas ilusiones han desaparecido: ahora todo lo veo tristemente. Veo á la libertad hollada, á la Convencion nacional perder a su vez á la Francia por el olvido de todos los principios, encendida la guerra civil, ejércitos innumerables arrojarse por todos lados sobre nuestra desgraciada patria y no veo ejércitos que oponerles. Nuestras tropas de línea están casi destruidas, los mas fuertes de nuestros batallones son de cuatrocientos hombres, el bravo regimiento de Deux-Ponts, tiene ciento cincuenta hombres y no le vienen reclutas, todo queda reducido á los voluntarios y á los cuerpos creados

nuevamente. Por otra parte, el decreto que iguala las tropas de línea á los voluntarios, los ha enemistado los unos contra los otros; los voluntarios desertan y huyen de todas partes sin que se les pueda contener. ¡Y la Convencion cree que con tales soldados puede hacer la guerra á toda la Europa! Os aseguro que por poco que esto dure, se desengañará muy pronto. ¡En qué abismo ha precipitado á la Francia!

“Mi hermana no se irá á Lille, á donde se la inquietaria por su emigracion. Prefiero que vaya á habitar una aldea de los alrededores de Saint-Amand.”—Iguualdad, hijo.”

La lectura de esta carta produjo un espantoso rumor en la asamblea, y á pedimento de la Réveillère-Lepeaux, se dió un decreto ordenando que el duque de Orleans y Sillery fuesen custodiados de vista. Marat se atrevió á mas, quiso que se pusiera á precio la cabeza del duque de Chartres, estendiendo esta mocion á todos los borbones fugitivos. La adiccion de Marat, fué reprobada; pero en la tarde, en el momento en que el duque de Orleans daba leccion de historia al duque de Beaujolais, entraron en su gabinete y lo arrestaron.

En la mañana siguiente de su arresto, la Convencion recibió la siguiente carta:

“Ciudadanos, colegas: han venido á mi casa dos particulares, titulándose el uno oficial de paz, y el otro inspector de policia; me han presentado una requisitoria firmada por Pache para presentarme en el consejo municipal. Les he pedido que suspendiesen el efecto de la órden. Estrechamente unido á la República, seguro de mi inocencia, y deseando ver aproximarse la hora en que mi conducta sea examinada, no habria retardado la ejecucion de este decreto si no hubiese creido que comprometia el carácter de que estoy revestido.”—Felipe Igualdad.”

La asamblea pasó á la órden del dia, y habiéndose conducido al duque de Orleans, del consejo municipal á la

Abadía, fué casi al mismo tiempo trasportado de la Abadía á Marsella.

Encerrado en el fuerte de la Garde con el conde de Beaujolais, el duque de Monpensier, que acababa de ser arrestado, la duquesa de Borbon su hermana y el príncipe de Conti, su tío, fué trasladado poco tiempo despues al fuerte de San Juan, donde pasó el mayor tiempo de su cautiverio.

El duque de Monpensier ha escrito sobre todo este tiempo de su cautiverio, tiernas memorias, llenas de esa dulce y juvenil tristeza, que se siente cuando no estamos aun privados de las esperanzas.

Despues de algun tiempo la situación de los prisioneros era menos dura. El príncipe podia comunicarse con sus hijos, comer con ellos, leer los diarios y recibir algunas cartas: ademas, sus perseguidores los mas encarnizados, habian muerto: Marat, primero, despues Buzot, Barbaroux, Pethion, en tanto que Danton y Camilo Desmoullins sus amigos, habian sobrevivido.

El 15 de Octubre, los periódicos anunciaron, que la Convencion acababa de decretar el juicio próximo de Felipe Igualdad. El príncipe estaba jugando á la baraja con sus hijos, cuando le fué comunicada la noticia por el conserje que llevaba los periódicos.

—¡Ah! tanto mejor, dijo: al menos acabará esto pronto para mí, ya sea de una ó de otra manera. Abrazadme hijos míos, este dia hará época en mi vida.

Abriendo entonces el diario, leyó el decreto de acusacion que le concernia.

—Vamos, vamos, dijo: el decreto no está motivado, ha sido solicitado por grandes bribones; pero no importa, tendrán mucho que hacer y los desafio á encontrar algo contra mí.

Vamos, hijos míos, no os aflijaís de esto que tengo como una buena noticia, juguemos.

El 23 de Octubre á las cinco de la mañana el duque de Monpensier fué despertado por su padre que entró en su calabozo, acompañado de los comisarios que la Convencion enviaba para conducirlo.

—Mi querido Montpensier, dijo, abrazando al jóven príncipe, vengo á decirte adios, voy á partir.

Y como el príncipe, tembloroso, no podia responderle, le estrechó contra su corazon, vertiendo lágrimas.

—Quería partir sin decirte adios, añadió, porque es siempre un momento terrible el de la partida; pero no me fué posible, pobre hijo mio, resistir al deseo de verte. Adios, consuélate y consuela á tu hermano; pensad los dos en la dicha que gozaremos al volvernos á ver.

El duque de Orleans partió, y los dos hermanos permanecieron buscando cada uno el modo de darle al otro una esperanza que él no tenia.

El príncipe marchó acompañado de un solo camarista llamado Gamache, servidor sumamente adicto, que despues hemos conocido de conserje en el parque de Monceaux, y nos ha contado cosa de diez veces, los detalles del viaje y la muerte del príncipe. En su mismo carruaje iban los tres comisarios de la Convencion, y todos escoltados por un destacamento de gendarmes.—El viaje era lento, en la tarde se detenian á dormir en las mejores hosterías de las grandes ciudades: en Auxerre comieron, y los comisarios mandaron á Paris una carta en que preguntaban á qué prisión debia conducirse al príncipe.